

## **Sarmiento y Alberdi ante la autobiografía: la vanidad y la culpa**

**Patricio Fontana**

Universidad de Buenos Aires

La literatura autobiográfica argentina comienza en 1843, cuando Domingo Faustino Sarmiento publica en Chile un folleto de dieciséis páginas titulado *Mi defensa*. Es cierto, como lo ha señalado Adolfo Prieto en su ensayo pionero de 1966, que Sarmiento no fue el primer argentino que escribió un texto autobiográfico. Antes que él, Manuel Belgrano o Juan Cruz Varela, por nombrar dos ejemplos, escribieron textos de esa índole; pero la prepotencia y espectacularidad con las que Sarmiento irrumpió en la casi desolada escena autobiográfica argentina minimizaron la relevancia de esos intentos previos y los redujeron a tímidos ensayos.<sup>1</sup> En 1850, la publicación de *Recuerdos de provincia* redobló (no sólo en extensión) la apuesta abierta siete años antes por *Mi defensa*. De ahí en más, en cualquier abordaje de la producción autobiográfica argentina o latinoamericana difícilmente no se halle al

---

<sup>1</sup> Antes que hablar de esos textos de Varela o Belgrano como precursores, habría que decir, por el contrario, que fueron los textos autobiográficos de Sarmiento los que permitieron que aquellos adquirieran cierta relevancia o interés crítico (serían precursores, entonces, sólo en el sentido paradójico con que Borges utiliza el concepto en “Kafka y sus precursores”). Esto es evidente en el estudio de Adolfo Prieto, donde, en la “Primera parte”, esos textos previos a los de Sarmiento son analizados con la mira puesta en el análisis postrero de *Mi defensa* y *Recuerdos de provincia* (de donde, además, Prieto toma el largo epígrafe que encabeza esa “Primera parte”).

menos una obligada mención al monumento autobiográfico sarmientino.<sup>2</sup>

La extravagancia de esta empresa acometida por Sarmiento se hace evidente, entre otras cosas,<sup>3</sup> en el modo en que Juan Bautista Alberdi se refirió a ella durante la polémica que ambos mantuvieron en 1853, y que recogen las *Cartas quillotanas* y las *Ciento y una*. En esa polémica, al referirse a *Recuerdos de provincia*, Alberdi apuntó al carácter inédito que, en el contexto local, adquiriría el proyecto sarmientino de dar cuenta de sí. Escribe Alberdi en la tercera *quillotana*:

Sus *Recuerdos de provincia* son su biografía, no un libro de política. Historiándose a sí mismo no ha podido aprender más de lo que usted sabe. Ese trabajo no es un servicio hecho a la república Argentina, y dudo que lo sea para usted mismo. *Es el primer ejemplo que se ofrece en nuestro país, tan abundante en hombres notables, de un republicano que publica doscientas páginas y un árbol genealógico para referir su vida, la de todos los individuos de su parentela y hasta de sus criados*. San Martín no quería que se tomase su retrato. Rivadavia, Monteagudo, Paso, Alvear y cien héroes argentinos, están sin biografía, y la misma República, que es toda gloria y heroicidad, está sin historia. [Juan Cruz] Varela dejó de sí unos pocos renglones biográficos, que no vieron la luz sino después de su muerte. Pero su biografía de usted no es un simple trabajo de vanidad, sino el medio muy usado y muy conocido en política de formar la candidatura de su nombre para ocupar una altura, cuyo anhelo legítimo, por otra parte, le hace agitador incansable. (Alberdi y Sarmiento 2005: 111-112, énfasis mío)

En esta recusación de *Recuerdos de provincia* la autobiografía (“su biografía”) es caracterizada como una escritura aristocratizante y vanidosa. Desde la perspectiva de Alberdi, Sarmiento sería el primero en haberse alejado de la *republicana* discreción autobiográfica que había caracterizado a “hombres notables” como José de San Martín, Bernardino Rivadavia o Juan Cruz Varela,<sup>4</sup> a quienes Alberdi opone al

---

<sup>2</sup> Tanto Adolfo Prieto (1966) como Sylvia Molloy (1996), autores de los dos libros más sistemáticos sobre la autobiografía en la Argentina (Prieto) y en Latinoamérica (Molloy), le dedican importantes capítulos a *Recuerdos de provincia*. Un ejemplo más reciente de este lugar prioritario del texto autobiográfico sarmientino es el libro de José Amícola (2008).

<sup>3</sup> José Campobassi asegura que “El confesado propósito político de Sarmiento al escribir *Recuerdos de provincia* hizo que muchos amigos del exilio le pidieran que se abstuviera de editarlo, por creer que el libro podría dañar su reputación” (Campobassi 1975, I: 291).

<sup>4</sup> La mención que hace Alberdi a los “pocos renglones biográficos, que no vieron la luz sino después de su muerte” de Juan Cruz Varela entiendo que agrega argumentos a lo que apunté más arriba: el carácter inédito de la

excesivo e imprudente Sarmiento. La autobiografía de Sarmiento sería doblemente inútil (doblemente vana): inútil para el país y para el autobiógrafo.

En las *Cartas quillotanas* Alberdi sostiene: "El *Facundo* no es un libro de política, ni de historia. Es una biografía como usted mismo lo llama; casi es un romance, por lo que tiene de ideal, a pesar de su dosis de filosofía que no falta hoy ni a los dramas" (2005: 111). Asimismo, y también en las *Cartas quillotanas*, el argumento que utiliza para descalificar *Recuerdos de provincia* es muy similar: "Sus *Recuerdos de provincia* son su biografía, no un libro de política. Historiándose a sí mismo no ha podido aprender más de lo que usted sabe". En ambos casos, pues, la pertenencia de *Facundo* y *Recuerdos de provincia* al género de la biografía es esgrimido por Alberdi como argumento para invalidarlos.

Pocas páginas después, en el arranque de la "Cuarta carta", Alberdi agrega argumentos aún más severos a su repudio de la autobiografía sarmientina:

Rara vez o nunca hablo de mí. Tengo por ridículo el yo, como dice Pascal. El yo es odioso, ha dicho La Bruyere, y permítame agregar que el yo es culpable, cuando la agonía de la patria impone a sus hijos el deber de olvidarse de sí, para pensar en ella. El hablar siempre de sí parece necesidad emanada del sentimiento de una reprobación universal. Tengo la vanidad de creer que no necesito vivir reivindicándome. Robespierre y Marat hablaron constantemente de sí mismos. Tenían razón, lo necesitaban; idebía hablarse tanto mal de ellos! (Alberdi y Sarmiento 2005: 117-118)

En principio, aquí Alberdi se incorpora indirectamente a la lista de "hombres notables" que, en la *quillotana* anterior, había ofrecido como ejemplos de esa austera prescindencia autobiográfica de la que Sarmiento se había apartado. Por lo demás, al escribir ese párrafo de las *Cartas quillotanas* Alberdi estaba parafraseándose a sí mismo. En un texto titulado "Caracteres" que, con el seudónimo *Figarillo*, había

---

empresa autobiográfica de Sarmiento para el contexto local y la diferencia radical (cualitativa y cuantitativa) de sus textos con respecto a los muy pocos ensayos autobiográficos previos. Nótese que, entre otras cosas, en la formulación de Alberdi esa diferencia cualitativa estriba en el carácter póstumo del texto autobiográfico de Juan Cruz Varela. Lo mismo debe decirse del texto autobiográfico de Manuel Belgrano, también póstumo. Así, la provocación de Sarmiento no es sólo escribir su autobiografía, sino, también, atreverse a publicarla.

escrito en 1837 para el semanario *La Moda*—vale decir, dieciséis años antes de la polémica con Sarmiento—, había escrito:

Eh!... aquí está otro que no sabe [más que] hablar de sí propio. Este es don yo. Yo para todo, yo en todas cosas, y siempre yo. Yo tengo fortuna... Usted no sabe lo que soy yo. Yo soy la criatura más rara... Sólo yo me entiendo. Es la fraseología constante de don yo. El yo es odioso, ha dicho Pascal: el yo es ridículo, ha dicho Nodier, pero don yo no lee ni a Pascal ni a Nodier. Y aun que los leyese, él siempre diría: ‘Con esto qué tengo que ver yo’. Se puede calcular la necedad de un hombre fácilmente por el número de yoes que emplea por minutos en una conversación ordinaria; porque todo necio, todo zonzo, todo grosero, todo hombre de crianza, empieza y acaba todas sus frases por el vocablo yo. (1865: 249)

La referencia a Pascal que hace Alberdi es más precisa en la versión de 1837 que en la de 1853; para el Pascal de los *Penseés* el “yo” es “odioso” [*haïssable*] y no “ridículo”. El texto de Pascal es el siguiente:

Le *moi* est haïssable: ainsi deux qui ne l`ôtent pas, et qui se contentent seulement de le couvrir, son toujours haïssables. Point du tout, direz-vous ; car en agissant, comme nous faisons, obligeamment pour tout le monde, on n`a pas sujet de nos haïr. Cela est vrai, si on ne haïssoit dans le *moi* que le déplaisir qui nous en revient. Mais si je le hais parce qu`il est injuste, et qu`il se fait centre de tout, je le haïrai toujours. En un mot, le *moi* a deux qualités : il est injuste en soi, en ce qu`il se fait centre de tout ; il est incommode aux autres, en ce qu`il veut les asservir : car chaque moi est l`ennemi, et voudroit être le tyran de tous les autres. Vous en ôtez l`incommodité, mais no pas l`injustice ; et ainsi vous ne le rendez pas aimable á ceux qui en haïssent l`injustice : vous ne le rendez aimable qu`aux injustes, qui n`y trouvent plus leur ennemi ; et ainsi vous demeurez injuste, et ne pouvez plaire qu`aux injustes. (1817 : 200-201)

En el contexto post-Caseros, el hecho de que Alberdi haga referencia a un fragmento de Pascal en donde se define al “yo” [*moi*] como posible “tirano de todos los otros” [*tyran de tous les autres*] —algo que, además, hay que poner en relación con las referencias a Marat y Robespierre que figuran en el mismo párrafo de las *Quillotanas*— adquiere un significado preciso, aunque velado, que reaparecerá menos elusivamente en textos como *Facundo y su biógrafo* o *Palabras de un ausente*: la homologación entre Sarmiento y Rosas.

Pero además, en ese fragmento de las *Cartas quillotanas*, Alberdi sugiere una teoría acerca del “hablar de sí” que se resume en el acusador sintagma “el yo es culpable”. Para Alberdi—para el *abogado*

Alberdi—, el “historiarse a sí mismo” estaría acechado por un doble carácter sospechoso, ya que sería indicio no sólo de la vanidad sino también de la culpabilidad del autobiógrafo. Quien habla de sí, nos dice Alberdi, es culpable. El mero hablar de sí implicaría, inexorablemente, la presunción de culpabilidad.

### *El yo culpable*

En algunos de los estudios más recientes de las narrativas del yo se advierte un compartido interés por el elemento ético presente en ellas. Todos estos estudios exploran la naturaleza *relacional* que articularía cualquier intento de dar cuenta de sí. De esta manera, el énfasis casi absoluto en el “yo” que caracterizó a los estudios previos se desplaza en esos trabajos hacia la exploración de la relación “yo”-“tú”; una relación a la que, desde esta perspectiva, nunca escaparía la empresa autobiográfica. Leonor Arfuch, por ejemplo, en *El espacio biográfico*, propone una lectura bajtiniana de lo autobiográfico que le permite sostener que en esta práctica se despliega y convoca una y otra vez el “juego de la responsividad” (Arfuch, 2002: 96). Ángel Loureiro, por su parte, retoma los trabajos de Emanuel Levinas acerca de la emergencia *afectiva* de la subjetividad, e insiste en la necesidad de hacer énfasis en el carácter “discursivo, retórico *y, fundamentalmente, ético*” del “acto autobiográfico” (2006: 19, énfasis mío). Para Loureiro, “toda autobiografía [...] se dirige a otro en *una relacionalidad insoslayable* que sin embargo marca también una distancia insalvable entre el sujeto y un destinatario que no coincide simplemente con los lectores” (2006: 23, énfasis mío). También Judith Butler, en *Dar cuenta de sí mismo*, afirma que “siempre damos cuenta de nosotros mismos a otro, sea inventado o existente, y ese otro establece la escena de interpelación *como una relación ética más primaria* que un esfuerzo reflexivo por dar cuenta de sí” (Butler 2009: 35, énfasis mío).<sup>5</sup>

En estos abordajes éticos de la autobiografía, suele estar presente el concepto de “culpa”. Loureiro, por ejemplo, no sólo afirma que la “verdad (autobiográfica) estará siempre *acechada por la deuda y la culpa*” (2006: 21, énfasis mío), sino que incluso emparenta el “acto

---

<sup>5</sup> Estos trabajos, por supuesto, le deben mucho al estudio ya clásico de Philippe Lejeune (1975), pero también—y en especial el de Loureiro—a los planteos posteriores de Jacques Derrida. Una útil exposición de la perspectiva derridiana sobre la autobiografía puede leerse en Panesi (1996).

autobiográfico” con la “escena judicial” (2006: 29). Judith Butler, si bien luego desarrolla una perspectiva a través de la que toma distancia de esta posición, le dedica varias páginas a revisar y discutir la tesis esbozada por Nietzsche en *La genealogía de la moral*, según la cual “damos cuenta de nosotros mismos únicamente porque se nos interpela en cuanto seres a quienes un sistema de justicia y castigo ha puesto en la obligación de rendir cuentas” (2009: 35). Explica Butler:

...si Nietzsche tiene razón, doy cuenta de mí mismo porque alguien me lo ha pedido, y ese alguien tiene un poder delegado por un sistema establecido de justicia. Me han interpelado, tal vez incluso me han atribuido un hecho, y cierta amenaza de castigo respalda ese interrogatorio. Y así, en una respuesta llena de temor, me ofrezco como un “yo” y trato de reconstruir mis acciones, mostrando si la que se me imputa se cuenta entre ellas o no. (2009: 23)

Cuando, para desacreditar a Sarmiento, Alberdi afirma “el yo es culpable”, sabe bien a qué está aludiendo. En 1843, la escritura de *Mi defensa* estuvo motivada por una *interpelación* sufrida por Sarmiento. En esa ocasión, el chileno Domingo Santiago Godoy levantó una serie de acusaciones contra él que, entre otras acciones defensivas (que incluyeron una presentación de Sarmiento a los tribunales en la que acusaba a Godoy por calumnias e injurias), generaron la escritura del folleto *Mi defensa*. Uno de los biógrafos de Sarmiento, Allison Williams Bunkley, resume así los incidentes que indujeron la escritura de esa primera autobiografía:

En hojas sueltas especialmente impresas [Godoy] acusaba a Sarmiento de asesino y ladrón. Alegaba que [...] estaba complicado en la matanza a gran escala de prisioneros durante la revuelta encabezada por el prisionero de guerra Panta en 1830. Además, acusaba a Sarmiento de haber malversado fondos con ocasión de la ayuda a los refugiados del ejército de Lamadrid en 1842. (Williams Bunkley 1966: 141-142)

Godoy también sembró la sospecha de que Sarmiento no ayudaba económicamente ni a su padre, entonces muy enfermo, ni a su madre ni a sus hermanas (Campobassi, I: 205). Siete años después, *Recuerdos de provincia* surge también de una serie de acusaciones o calumnias, levantadas esta vez por la prensa rosista. En esa oportunidad, el gobernador Rosas incluso buscó obtener la extradición de Sarmiento a la Argentina (extradición a la que el gobierno de Chile se negó). Explica Alberto Palcos:

Rosas se dirige a sus congéneres de las provincias y uno a uno expiden decretos, plagados de insultos contra Sarmiento; prohíben la circulación de sus trabajos y cualquier relación epistolar con él. El nombre de Sarmiento corría envilecido de boca en boca merced a la campaña de los sayones de Rosas. Temeroso de que hasta los propios adversarios del tirano se contagiasen del juicio despectivo, narra la historia de su vida. (Palcos 1938: 79)

Los intentos de atribuirle culpas y desacreditar a Sarmiento son, entonces, elementos necesarios (aunque, como veremos, no suficientes) para la escritura de *Mi defensa* y *Recuerdos de provincia*. En principio, la paráfrasis que hace Butler de la tesis de Nietzsche sobre el origen únicamente *culpabilizante* del hablar de sí (“Me han interpelado, tal vez incluso me han atribuido un hecho, y cierta amenaza de castigo respalda ese interrogatorio”) es aplicable a la empresa autobiográfica de Sarmiento. Pero con un matiz importante: en *Mi defensa* y *Recuerdos de provincia* Sarmiento no sólo *está* sino que además *construye* una situación que lo obliga a “rendir cuentas”. Para decirlo en términos de Loureiro, el “acto autobiográfico” se presenta, en ambos casos, como una “escena judicial”; pero de esa escena Sarmiento no es sólo actor principal (en el rol de acusado) sino además *metteur en scène*. Hay así, en Sarmiento, un hábil usufructo de una situación en principio negativa.

Sarmiento no legitima a quienes lo acusan (Godoy o la prensa rosista). Pero la desautorización de sus imputadores no pasa por el silencio, que es, según Butler, uno de los modos mediante los cuales se pone en cuestión “la autoridad invocada por la pregunta y el interrogador” (2009: 24). Por el contrario, Sarmiento capitaliza esas acusaciones para, a partir de ellas, *sentirse obligado* a hablar de sí. Sarmiento *desea y necesita hablar de sí*, y las acusaciones que levantan contra él Godoy o la prensa rosista le sirven para disponer—pero de ningún modo padecer o temer—la anhelada “escena autobiográfica”. A este usufructo de la culpabilidad parece aludir Adolfo Prieto cuando, a propósito de *Mi defensa*, se refiere al modo en que Sarmiento exageró la escena de “interpelación”: “Consta, objetivamente, que Sarmiento exageró la situación. Ni la diatriba del periodista chileno [Godoy] era tan violenta, ni él desplazaba tanta importancia pública como para reclamar sobre sí el interés de los lectores” (Prieto 1982: 51).

Si bien estos dos textos autobiográficos de Sarmiento difieren en varios sentidos, tanto en el arranque de *Mi defensa* como en el de *Recuerdos de provincia* se observa que el autobiógrafo se desentiende

de aquellos que lo han acusado—y que, mediante esas acusaciones, le han ofrecido inadvertidamente la excusa para que él disponga de la escena autobiográfica—y construye otros destinatarios. En este punto, las dos autobiografías de Sarmiento hacen evidente lo que Loureiro denomina “composición ética” de la autobiografía:

Este tener que responder de sí en que consiste la autobiografía hace que este tipo de escritura exceda la mera representación cognoscitiva y muestre claramente su composición ética. No los detalles de una vida, sino el que el autobiógrafo los diga, constituye el aspecto fundamental de la autobiografía, con tal de que entendamos que tal “decir” es tanto una respuesta como un legado al otro. [...] La autobiografía muestra su naturaleza de orientación hacia el otro y hacia el futuro por medio de la presencia de destinatarios textuales, los cuales siempre están presentes en la autobiografía (más que en ningún otro género) a veces de manera implícita, pero muy a menudo de modo explícito. (Loureiro 2006: 30)

En el caso de *Mi defensa*, ese destinatario—ese otro—no es, como se adelantó, Godoy, sino “el público” (o “la sociedad”); un amplio auditorio ante el cual el autobiógrafo no sólo hace valer un derecho—el de defenderse de las calumnias que lo *desfiguran* (sic)—, sino con el que, además, asegura que lo vincula un “deber”:

Presentado bajo una luz tan siniestra, denigrada mi vida presente con el sucio tizne de mi vida pasada, ¿no me será permitido presentar al público estos dos fragmentos de un mismo todo, y hacerle cotejar el que conoce con el que se le oculta o se le desfigura? [...] Yo sé que puedo y que debo decir todo lo que a mi buen nombre interesa, para satisfacer a los que bien me quieren...

[...]

Ya está mi espíritu restablecido, el aturdimiento producido por los golpes que han caído sobre mi reputación tan de recio, ha pasado ya; voy ahora a cumplir con lo que el deber y la sociedad me imponen. Vean quién es el hombre que tantas importunidades causa, vean mis títulos. (1843:9)

En *Recuerdos de provincia*, también se alude a un *otro* ante el que Sarmiento se confiesa. Ese *otro*, en esta ocasión, es, al menos en apariencia, más acotado: se trata de “mis compatriotas”. Pero en contraste con *Mi defensa*, donde el historiarse a sí mismo era presentado como un derecho pero también como un deber (“no me queda excusa para callar por más tiempo”, “yo sé que [...] *debo decir* todo lo que a mi buen nombre interesa”, “voy a cumplir con *lo que el deber y la sociedad me imponen*”), aquí el autobiógrafo aparece

obsesionado por las críticas que el “hablar de sí mismo” podía despertar entre sus destinatarios (“mis compatriotas”). Señal de este temor es el hecho de que, en los párrafos introductorios que anteceden al texto autobiográfico propiamente dicho, Sarmiento en dos oportunidades intente conjurar esas críticas: “Ardua tarea es, sin duda, hablar de sí mismo y hacer valer sus buenos lados, *sin suscitar sentimientos de desdén, sin atraerse sobre sí la crítica, y a veces con harto fundamento [...]*” (2001: 14, énfasis mío); y poco después:

Sin placer, como sin zozobra, ofrezco a mis compatriotas estas páginas que ha dictado la verdad, y que la necesidad justifica. Después de leídas pueden aniquilarlas, pues pertenecen al número de las publicaciones que deben su existencia a circunstancias del momento, pasadas las cuales nadie las comprendería. *¿Merecen la crítica desapasionada? ¡Qué he de hacer! Ésta era una consecuencia inevitable de los epítetos de infame, protervo, malvado, que me prodiga el gobierno de Buenos Aires. ¡Contra la difamación, hasta el conato de defenderse es mancha!* (2001: 15, énfasis mío)

En estos fragmentos de *Recuerdos de provincia* el autobiógrafo insiste en un elemento que los abordajes éticos del *dar cuenta de sí mismo* dejan de lado o apenas mencionan. Ese *otro* (implícito, explícito o inventado) que, desde la perspectiva *relacional*, sería inherente a todo intento de narrarse a sí mismo es, al mismo tiempo que una figura que habilita o demanda ese intento, una figura censora que, real o fantasmáticamente, el autobiógrafo supone que puede criticar su proceder, acusándolo de narcisista, vanidoso o egoísta, o—peor aún, como en el caso de Alberdi—sospechando que, si alguien demuestra excesivo interés en hablar de sí, *por algo será*.

En el caso de *Recuerdos de provincia*, la situación de culpabilidad que exige—o es excusa para—el acto autobiográfico (las acusaciones y calumnias de la prensa rosista, y las tentativas de Rosas para expatriar a Sarmiento) dispara inmediatamente otra acusación y otra culpa virtuales (y por eso Sarmiento se refiere a “lo *disculpable*” de su “intento”), que encarnan no en el acusador, sino en ese destinatario al que Sarmiento ofrece su confesión y sus recuerdos.

Las acusaciones que, tres años después, le hará Alberdi—sin dudas uno de los “compatriotas” a los que estaba dedicado *Recuerdos de provincia*—en sus *Cartas Quillotanas* (“El hablar siempre de sí parece necesidad emanada del sentimiento de una reprobación

universal”) demuestran que los temores a la “crítica” que cercaban a Sarmiento en el momento de escribir las páginas liminares de *Recuerdos de provincia* no eran sólo producto de la neurosis, la paranoia o la megalomanía que a menudo, y no sin razón, se le suelen endilgar; tampoco, del vacío ejercicio de la *captatio benevolentiae*.

Esos justificables temores a la “crítica” que testimonian las primeras páginas de *Recuerdos de provincia* demuestran que, aún varias décadas después de publicadas las autobiografías de Jean-Jacques Rousseau, Benjamin Franklin o Chateaubriand, el proyecto de dar cuenta de sí continuaba estando acechado por cierta pecaminosidad; una pecaminosidad de lo autobiográfico que se vincula muy especialmente a un concepto: el de vanidad. Para continuar adelante, el autobiógrafo debe necesariamente resolver cómo se ubicará ante ella. En términos generales, y adelantándome a lo que desarrollaré en el próximo apartado, debe decirse que la autobiografía parece necesitar invertir, para legitimarse, la tradicional negatividad asociada a cualquier acto vanidoso.

### *El yo vanidoso*

En su ya clásico “Condiciones y límites de la autobiografía”, de 1956, Georges Gusdorf explica que el interés por dar cuenta de sí fue relativamente tardío en la historia de la humanidad; y agrega:

Uno se maravilla de lo que lo rodea más rápidamente que de uno mismo. Uno admira lo que ve, uno no se ve a sí mismo. [...] El sujeto que se toma a sí mismo como objeto invierte el movimiento natural de la atención; al hacer esto, parece estar violando ciertas prohibiciones secretas de la naturaleza humana. La sociología, la psicología profunda, el psicoanálisis, han revelado la significación compleja y angustiosa que reviste el encuentro del hombre con su imagen. La imagen es otro yo-mismo, un doble de mi ser, pero más frágil y vulnerable, revestido de un carácter sagrado que lo hace a la vez fascinante y terrible. Narciso, al contemplar su rostro en el seno del manantial, queda fascinado por esta aparición, hasta el punto de morir al doblarse sobre sí mismo. (1991:11)

En este sentido, resulta fascinante el vínculo que, en este mismo trabajo, establece Gusdorf entre el tardío *volverse sobre sí mismo* y el perfeccionamiento del espejo a fines de la Edad media. Ahora bien, en cuanto a la referencia que hace Gusdorf al mito de Narciso y al hecho de que el tomarse a sí mismo como objeto de contemplación involucre

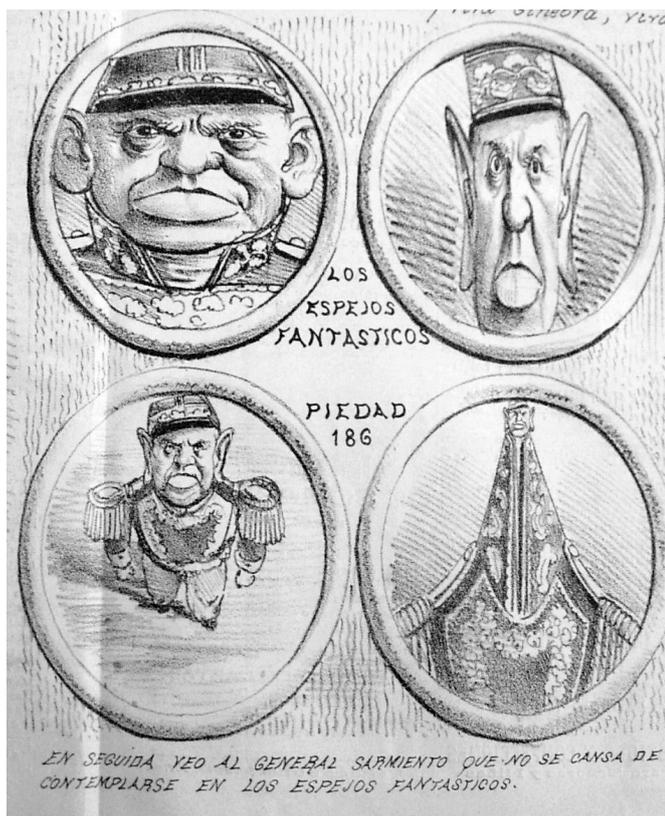
cierta trasgresión de “prohibiciones secretas de la naturaleza humana”, podría concluirse que, al menos desde ciertas perspectivas, el “acto autobiográfico” sería un acto inherentemente transgresivo, antinatural, pecaminoso. En este punto, y si bien el símil puede resultar no enteramente certero, acaso no sería errado equiparar al lector de una autobiografía con un espectador que observa a una persona mientras ésta se escruta obsesiva y placenteramente ante un espejo.

La imagen de un hombre o—especialmente—de una mujer joven que se deleita con el reflejo de su imagen constituye una de las más visitadas representaciones pictóricas de la vanidad.<sup>6</sup> Sarmiento, quien mereció el apodo de “Don Yo”, no escapó a ser representado en esa circunstancia por el caricaturista Henri Stein.<sup>7</sup>

---

<sup>6</sup> Entre otras, *Vanidad terrenal y divina salvación*, de Hans Memling (1485), *Venus y Cupido*, de Pedro Pablo Rubens (c. 1606-1611), *All is Vanity*, de Charles Allan Gilbert (1892), y *Eco y Narciso*, de John William Waterhouse (1903).

<sup>7</sup> Agradezco a Claudia Román la noticia de la existencia de esta caricatura. A propósito de este apodo (“Don Yo”), en su polémica en el Senado con Guillermo Rawson, mientras que argumentaba contra la Amnistía para los revolucionarios de 1874, Sarmiento afirmó “Yo soy Don Yo, como dicen, pero ese Don Yo ha peleado a brazo partido durante veinte años con Don Juan Manuel de Rosas y lo ha puesto bajo sus plantas; [...] todos los caudillos llevan mi marca” (*Obras Completas*, ed. Luz del Día, tomo XIX, “Discursos Parlamentarios”).



Caricatura de H. Stein publicada en *El Mosquito*, año XV, n. 759, 29-7-1877, p. 2-3 En el epígrafe se lee “Enseguida veo al general Sarmiento que no se cansa de contemplarse en los espejos fantásticos”.

Sin embargo, la emergencia en el siglo XVIII de la autobiografía en su modulación moderna y secularizada (es decir, diferente de la versión agustiniana) debe, creo, asociarse a una trabajosa desnegativización de la vanidad.<sup>8</sup> El ejemplo más paradigmático de esta exaltación de la vanidad se halla en el comienzo de *The autobiography of Benjamin Franklin* que, junto con *Las confesiones* de Rousseau, representa un

<sup>8</sup> En este punto es necesario aclarar que utilizo el concepto de “vanidad” en el sentido de “arrogancia, presunción o envanecimiento” (segunda acepción de la RAE en su última edición) y no en el de “caducidad de las cosas de este mundo” (tercera acepción de la RAE en la misma edición).

La definición de la edición del diccionario de la RAE de 1843 también contemplaba, entre otras, esas dos acepciones; copiamos la entrada completa: “VANIDAD. F. Falta o carencia de sustancia, entidad o realidad de las cosas. *Vanitas, inanitas*. \* Presunción, satisfacción de sí mismo, o desvanecimiento propio por las prendas naturales, sangre etc. *Inanis animi elatio*. \* Fausto, pompa vana u ostentación. *Ostentatio, superbia, jactancia* \* Palabra inútil o vana, o insustancial. *Verbum inane, nugae*.”

En este sentido, cuando Alberdi asegura que *Recuerdos de provincia* es un libro inútil, que no *presta servicio*, estaría también afirmando que el libro es una “vanidad”, pero en el sentido de *verbum inane* que recoge la edición del diccionario de la RAE de 1843.

hito central en la historia de la autobiografía moderna.<sup>9</sup> Escribe Franklin en 1771:

And, lastly (I may as well confess it, since my denial of it will be believed by nobody), perhaps I shall a good deal gratify my own vanity. Indeed, I scarce ever heard or saw the introductory words, “Without vanity I may say,” &c., but some vain thing immediately followed. Most people dislike vanity in others, whatever share they have of it themselves; but I give it fair quarter wherever I meet with it, being persuaded that it is often productive of good to the possessor, and to others that are within his sphere of action; and therefore, in many cases, it would not be altogether absurd if a man were to thank God for his vanity among the other comforts of life. (Franklin 2005: 6)

El posicionamiento de Franklin ante la vanidad es casi herético, sobre todo en su afirmación final, donde coquetea con la posibilidad de que un hombre le agradezca a Dios por algo que es habitualmente considerado un pecado.<sup>10</sup> En esta autobiografía se advierte así una provocativa reconversión de la vanidad (provocativa porque se realiza contra la opinión de la mayoría: “most people”) que reaparecerá varias décadas después en el discurso autobiográfico sarmientino.<sup>11</sup> Habría que preguntarse, entonces, si esta reconversión de la vanidad, del

---

<sup>9</sup> Peter Bürger fecha la emergencia del sujeto moderno en el siglo XVI, en los *Essais*, de Michel de Montaigne, y en el *Discours de la méthode*, de René Descartes, a los que lee sagazmente como textos autobiográficos. En el apartado dedicado a los *Essais*, Bürger hace precisamente una referencia a cómo sortea Montaigne el problema de la vanidad: “Influido por la filosofía antigua, especialmente por estoicismo y escepticismo, [Montaigne] puede girar de tal modo la idea de la vanidad cristiana que le resulte ajeno el miedo a la culpa y el castigo: ‘J’ay mes loix et ma court [sc. Mon tribunal] pour juger de moi et m’y adresse plus qu’ailleurs’” (Bürger 2001: 35).

<sup>10</sup> En este sentido, el muy difundido *Tratado de la vanidad del mundo dividido en tres libros* de Diego de Estella (se computan 26 ediciones en castellano y 5 en inglés), publicado por primera vez en 1562, declara precisamente en el capítulo XX que incurren en un acto vanidoso todos aquellos que “se alaban a sí mismos” (Estella 1720: 101-107).

<sup>11</sup> Isabel Durán Giménez Rico, en su trabajo “Hume y la tradición autobiográfica”, realiza un productivo contraste entre este posicionamiento de Franklin ante la vanidad, con el muy diferente que asume David Hume en su autobiografía *My Own Life*, de 1776. Giménez Rico cita el fragmento inicial de ese breve texto de Hume (“Es difícil para un hombre hablar en extenso de sí mismo sin pecar de vanidad, por lo tanto, seré breve...”) y postula que la “asombrosa brevedad” de *My Own Life* encuentra una de sus razones en este prejuicio culposo acerca del hablar de sí (Giménez Rico 1998: 180).

Alan Houston, editor de una cuidada edición de la *Autobiografía* de Franklin, explica: “(...) Franklin did not participate in the Puritan inner drama of guilt, self-doubt, and self-accusation. Nor did he linger, with fear and trembling, over backsliding and the recrudescence of sin. He tallied his mistakes—his “errata”—and sought to change himself by changing his habits. In this effort he did not insist that his motives be pure. As he quipped in the *Autobiography*, vanity and pride made him a better man” (Houston 2004: XXI).

engreimiento, no es otro ingrediente de la *relacionalidad* de lo autobiográfico. Y esto en razón de que el incurrir en un acto vanidoso—con todo lo que un acto de esta índole tiene de performático—necesita de un otro: también se es vanidoso para otros, quienes pueden aceptar, castigar o perdonar ese acto.<sup>12</sup>

Como se sabe, en *Recuerdos de provincia* Sarmiento confiesa haber sido un precoz y ferviente lector de la *Vida de Franklin*:

La *Vida de Franklin* fue para mí lo que las vidas de Plutarco para él, para Rousseau, Enrique IV, Mme. Roland y tantos otros. Yo me sentía Franklin; ¿y por qué no? Era yo pobrísimo como él, estudioso como él, y dándome maña y siguiendo sus huellas, podía un día llegar a formarme como él, ser doctor *ad honorem* [sic] como él, y hacerme un lugar en las letras y en la política americanas. (2001: 143-144)

Sarmiento, como Franklin, es un autobiógrafo que reivindica la vanidad. Esta es una de las líneas que permite apuntalar la filiación que José Amícola establece entre *Recuerdos de provincia* y las autobiografías de Jean-Jacques Rousseau, Benvenuto Cellini y Benjamin Franklin. En estos cuatro casos estaríamos, según Amícola, ante autobiógrafos que habrían dejado atrás el modelo confesional agustiniano para asumir una disposición cínica y desafiante, y hacer de la autobiografía una “provocación literaria”.<sup>13</sup> La frankliniana celebración de la vanidad habría que computarla como una de esas provocaciones.

---

<sup>12</sup> En el cierre de la brevísima autobiografía de Hume queda claro este aspecto; el autobiógrafo considera que, pese a todas sus precauciones, ha incurrido en un acto vanidoso y solicita a su destinatario cierto perdón: “I cannot say there is no vanity in making this funeral oration of myself, but I hope it is not a misplaced one; and this is a matter of fact which is easily cleared and ascertained” (1776: 6).

<sup>13</sup> Sarmiento era consciente de que su libro era una provocación o al menos de que podía ser recibido como tal. Él mismo lo definió como una *osadía*, como un libro con el que *había traspasado todos los límites*. En carta a Vicente Fidel López del 12 de diciembre de 1849 escribe: “Preparo un librote titulado *Recuerdos de provincia* o cosa parecida, en que hago con el mismo candor que Lamartine mi panegírico. Y lo protesto amigo que el ridículo ha de venir a estrellarse contra tantas cosas buenas, y dignas de ser narradas, que tendrán de grado o por fuerza que *perdonarme la osadía*” (Sarmiento 1988: 141, énfasis mío). Ya impreso el libro, el 20 de enero de 1850, le escribe a Manuel Montt: “Adjunto a usted un ejemplar de *Recuerdos de provincia*. Ahora que está impreso y lo he leído con calma empiezo a creer que *he traspasado todo los límites de la indulgencia de los que hayan de leerlo*, que no serán por ahora sino mis amigos aquí, porque toda la edición la echaré a la otra banda, donde la crítica me incensa [sic] con humos que no pueden ya subir de punto” (Sarmiento 1988: 144, énfasis mío).

Ante los ataques de Alberdi, Sarmiento en sus *Ciento y una* no hace una defensa explícita de *Recuerdos de provincia*—como sí lo hace con el resto de su producción editorial. Sin embargo, sobre el final de las *Ciento y una*, retoma los razonamientos de Alberdi en las *Quillotanas* y los da vuelta:

Básteme indicar aquí, como el índice de sus *Quillotanas*, las sugerencias que ha inventado para poner el absurdo por cimientito a la perversidad del edificio. “Robespierre y Marat hablaban constantemente de sí mismos. Tenían razón: idebía hablarse tanto mal de ellos! El hablar de sí (lo dice por mí) parece necesidad emanada del sentimiento de *la reprobación universal*. Tengo la vanidad de creer que no necesito vivir vindicándome”.

¿Por qué compararme, Alberdi, con los hombres más manchados de sangre sólo porque me les parezco en mi vanidad? ¿No se siente Alberdi toda la atrocidad de estas injurias, más atroces todavía por la calma infernal con que son vertidas? (Alberdi y Sarmiento 2005: 273, énfasis del original)

Sarmiento no niega su vanidad (por el contrario, la defiende); pero sí niega que el tenerla necesariamente lo empariente con personajes como Marat o Robespierre. El hablar de sí, entonces, aparece en Sarmiento—como en Franklin—asociado íntimamente con una apología de la vanidad. En el texto sarmientino, la reconversión de la vanidad involucra el encomio del exhibicionismo y de la falta de modestia (al fin de cuentas, dos modulaciones de aquélla). Así, en un texto dos años posterior a *Recuerdos de provincia* (*Campaña en el Ejército grande*), Sarmiento no duda en hacer gala de su inmodestia:

Pero lo que más me sorprendió en el general [Urquiza] es que [...] nunca manifestó deseo de oír mi opinión sobre nada, y cuando *con una modestia que no tengo*, con una indiferencia afectada, con circunloquios que jamás he usado hablando con Cobden, Thiers, Guizot, Montt o el Emperador de Brasil, quería emitir una idea, me atajaba a media palabra, diciéndome: si yo lo dije, lo vi, lo hice, etc., etc. (Sarmiento 1958: 119, énfasis mío)

Y en el mismo libro, varias páginas después, hace referencia a su vanidad: “Hay, empero, otra cola del perro de Alcibíades que el general [Urquiza] no vio: mi vanidad, muy conocida en Chile y muy explotada” (Sarmiento 1958: 314).<sup>14</sup>

---

<sup>14</sup> A propósito de la “vanidad” de Sarmiento, la obra de teatro de Casimiro Prieto Valdés *El sombrero de don Adolfo*, de 1874, incluye el

Pero ¿qué es lo que envanece a Sarmiento? Y, complementariamente, ¿qué es lo que lo arrastra, podría decirse que irremediabilmente, hacia la *inmodestia* de querer dar cuenta de sí?

Se dice que la vanidad hace que el hombre no necesite de Dios; en efecto, en el mencionado *Tratado sobre la vanidad del mundo*, Diego de Estella presenta al vanidoso—al que *se alaba a sí mismo*—como alguien que no tiene en cuenta que sus “bienes” son recibidos, que ignora a Dios. Tanto Franklin como Sarmiento se jactan precisamente del hecho de haberse creado a sí mismos, de haber sido sus propios demiurgos: ambos fueron--o ambos pretendieron ser vistos como—*self-made men*. En última instancia, Franklin y Sarmiento se envanecen de haber podido prescindir tanto de Dios como de cualquier institución para constituirse. Frederick Douglass,<sup>15</sup> el ex esclavo norteamericano que a mediados del siglo XIX teorizó sobre el concepto de *self-made man*, lo define en estos términos:

Self-made men are the men who, under peculiar difficulties and without the ordinary helps of favoring circumstances, have attained knowledge, usefulness, power and position and have learned from themselves the best uses to which life can be put in this world, and in the exercises of these uses to build up worthy character. They are the men who owe little or nothing to birth, relationship, or friendly surroundings; to wealth inherited or to early approved means of education; who are what they are,

---

siguiente parlamento puesto en boca del personaje “Sarmiento”: “Lo sé bien, y lo divulgo / ¡Yo sé mucho más que todos! / A los cinco años leía / De corrido y sin trabajo / Y al ver tanto desparpajo / El mundo entero decía: / "De la suerte al blando arrullo, / Pues nada tiene de bobo, / Será el asombro del globo / Y de su patria el orgullo" / Y tras de estas predicciones / Algunos me daban pesos, / Las madres flores y besos, / Y las muchachas bombones. / Todos, por sabio y hermoso, / Me amaban con frenesí / *Conque no extrañes que así / Sea un poco vanidoso.*” (énfasis mío)

<sup>15</sup> Frederick Douglass (1818-1895) nació esclavo pero, gracias a la colaboración de algunas personas y a algunos riesgos y aventuras personales, logró liberarse. Autodidacta y disciplinado, se transformó en uno de los primeros escritores y oradores abolicionistas estadounidenses. Su tarea al respecto se desplegó antes y durante la Guerra de Secesión. Su discurso “Self-made men” fue pronunciado por primera vez en 1859.

En 1845, Douglass publicó su primer texto autobiográfico: *Narrative of the Life of Frederick Douglass, an American Slave*, al que le siguieron otros de la misma índole. Al respecto, resulta interesante que en la empresa autobiográfica de Douglass nuevamente hallemos a la acusación de vanidad como uno de los peligros a los que se expone el autobiógrafo. En una carta al editor de *My Bondage and My Freedom*, de 1855, Douglass confesaba, ante la urgente demanda de aquél, que: “To write of one’s self in such a manner as not to incur in the imputation of weakness, vanity, and egotism, is a work within the ability of but a few; and I have little reason to believe that I belong to that fortunate few. These considerations caused me to hesitate, when first you kindly urged me *to prepare* for publication a full account of my life as a slave, and my life as a freeman” (Douglass 2008: 73).

without the aid of any favoring conditions by which other men usually rise in the world and achieve great results... They are in a peculiar sense indebted to themselves for themselves. If they have traveled far, they have made the road on which they have traveled. (Douglass 1859)

La reflexividad identifica al *self made man*: “indebted to themselves for themselves”. En Sarmiento, esa reflexividad es constante. *Formarme, hacerme, enseñarme, instruirme* y otros verbos en su variante reflexiva proliferan en sus textos autobiográficos (“A mi progenie me sucedo yo” es una de las afirmaciones más citadas y analizadas de *Recuerdos de provincia*). Ante la aparente imposibilidad de recibir una educación sistemática (“[...] una rara fatalidad ha pesado siempre sobre mí, que parecía cerrarme las puertas de los colegios”, confiesa en *Mi defensa*), Sarmiento opta por educarse a sí mismo. Y elige el adjetivo “aparente” para calificar la imposibilidad de recibir una educación sistemática, y luego el verbo “optar” porque en el relato autobiográfico Sarmiento el autodidactismo es acaso menos una fatalidad que una decisión. En este sentido, en un trabajo iluminador, Tulio Halperín Donghi realiza una minuciosa lectura de *Recuerdos de provincia* y demuestra que la “rara fatalidad” que esgrime Sarmiento como única razón de su falta de educación formal se complementa con una inquietante negativa (acaso inconsciente) a seguir los rumbos más ortodoxos que se le ofrecían. La hipótesis de Halperín es que lo que “el relato dice y más aún lo que calla sugiere que Sarmiento no está seguro de no haber colaborado con esa fatalidad que le cerraba” las vías de una educación sistemática en escuelas, colegios, seminarios o universidades (Halperín Donghi 1988: 11).

Parafraseando a Douglass, habría que decir que Sarmiento contraponen al camino de la educación formal (escuela, colegio, seminario, universidad, etcétera) un camino paralelo y más efectivo: el camino de su propia educación autodidacta (“la corta carrera que he podido andar me la he abierto a fuerza de constancia, de valor, de estudios y sufrimiento”; “De este modo, *sin maestros ni colegios*, he adquirido algunos rudimentos en las ciencias exactas, la historia, la moral y la filosofía, etc.”). Maestro de sí mismo, en *Mi defensa* especialmente—pero también en *Recuerdos de provincia*, donde la empecinada invención de un linaje resulta menos convincente que la más persuasiva tesis de la auto-creación ensayada en el texto de 1843 y

amplificada en éste de 1850—Sarmiento se presenta como el hombre que surge de la nada, como el hombre que se autoengendra en solitario y de espaldas a la sociedad. Narrar ese proceso del que no ha habido testigos (ni maestros, ni compañeros) es uno de los motivos del texto autobiográfico:

Pero sé que no son muchos los jóvenes de mi edad que puedan vivir solos, meses enteros encerrados en un pobre gabinete, profundizando una idea útil, masticándola; que son pocos los jóvenes que sin mendigar la protección de nadie, ni andar prodigando visitas, y sin fortuna, puedan bastar a sus cortas necesidades, y tengan el valor de despreciar las exigencias de la sociedad. (Sarmiento 1843: 13)

La crítica tiende a insistir en la idea de que las tesis sobre el “grande hombre” que Sarmiento había utilizado para la escritura de *Facundo* volvieron a ser utilizadas por Sarmiento cinco años después, en *Recuerdos de provincia*. Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano, por ejemplo, afirman que en su autobiografía Sarmiento “proyectará sobre sí, es decir sobre su propia trayectoria, ese signo de representatividad, haciendo de su destino no un destino de contingencia sino un destino histórico [...]. Su vida es el espejo de la vida de América del Sur” (1997: 147). Por su parte, Elías Palti ha propuesto algo de índole similar al asegurar que, en *Recuerdos de provincia*, pese a que Sarmiento debe abandonar “el concepto genético de nación”, fundamental en *Facundo*, aparece como un “grande hombre” anómalo: “Falta, en fin, todo aquello que sí tenía Quiroga en el rastreador, el poeta, el gaucho malo y el baqueano: esa profunda unidad entre el ‘grande hombre’ y su medio, entre el héroe y los personajes cotidianos. [...] Sarmiento, de este modo, no deja de ser, en cierto sentido, un héroe paradójico, que ha llegado a ser ‘encarnación del espíritu’ sin ser ‘órgano de su pueblo’” (Palti 2009: 87).

Por mi parte, entiendo que, con el afán de establecer una atrayente y por supuesto no del todo errada simetría entre *Facundo* y *Recuerdos de provincia* (y entre Quiroga y Sarmiento), se tiende a obviar algo esencial: que son dos ideas muy diferentes acerca del individuo y de la biografía las que sostienen ambos textos. En el caso de *Facundo*, el individuo biografiado (el “grande hombre”) es un instrumento del devenir histórico, alguien que no decide su destino: el grande hombre, asegura Cousin, “est l’instrument d’une puissance qui n’est pas la sienne; car toute puissance individuelle est misérable (...)”

[es el instrumento de una potencia que no es la suya; porque toda potencia individual es miserable (...)] (Cousin 1828: 15). Por el contrario, en *Recuerdos de provincia*, donde el modelo más evidente es el del *self-made man* representado paradigmáticamente por Benjamin Franklin, el individuo es alguien que puede construir su destino: pura *potencia individual*. El tipo de verbos reflexivos (*formarme, hacerme*) que utiliza Sarmiento para narrar su vida (para, justamente, *narrarse e interpretarse a sí mismo*, algo que Quiroga nunca podría haber hecho— desde la perspectiva de Sarmiento, claro—) habrían sido imposibles si hubiera pretendido representarse como un “grande hombre”, al menos en los términos de Cousin. El “grande hombre” es un producto de la Historia, del pueblo, que son quienes *lo forman y lo educan*, y deciden por él su destino.

En contraste, la posibilidad de que la biografía funcione como ejemplo (como ejemplo práctico, imitable) descansa sobre la necesidad de que no sólo el individuo no tenga un destino prefijado sino de que sea posible que él sea el principal artífice de ese destino. Por lo tanto, insistir en que Sarmiento es un “héroe paradójico” (un grande hombre paradójico) implica, creo, dejar de lado las dos muy diferentes concepciones de la relación entre el individuo y la historia, y entre el individuo y su destino, que están en la base de *Facundo* y de *Recuerdos de provincia*. Una, la del grande hombre, fuertemente marcada por el historicismo romántico; la otra, proveniente de otra línea distante de aquella: la que inaugura Franklin, a fines del siglo XVIII, con su *Autobiografía*.

Pero en cuanto al autoengendramiento que se narra en *Recuerdos de provincia*, esa apoteosis del hombre que se hace a sí mismo está atravesada por una tensión irresoluble en el texto:

Por un lado se exalta el titanismo romántico de su empresa [autodidacta] y se valorizan las dificultades vencidas en el trayecto, centrado sobre la actividad frenética de la lectura, para llegar a la cultura con la mediación casi exclusiva de los libros. Pero, por el otro, se experimenta una tensión competitiva constante respecto de la cultura académica. [...] A Sarmiento le faltan todos los títulos que se adquieren según los procedimientos formales: no tiene herencia material ni apellido, no ha hecho carrera militar ni pertenece al clero como sus parientes más ilustres; no es, ni siquiera, doctor. Estas carencias irritan la narración de *Recuerdos* con una suerte de comparación permanente entre el autodidacta y los doctores. (Sarlo y Altamirano 1993: 121)

A Sarmiento efectivamente le faltan todos los títulos; adeuda diplomas y siente el hecho de *no haber estado en un colegio*<sup>16</sup> como una culpa de la que debe ser exonerado. Y sin embargo, en *Mi defensa*, asegura en tono desafiante: “A los que preguntan dónde he estudiado para tomar un lenguaje tan positivo, *les mostraré mis aulas y mis títulos de suficiencia*” (Sarmiento 1843: 10, énfasis mío). A falta de instituciones que comuniquen sus logros (es decir, de escuelas, colegios, universidades o academias que den cuenta de su *cursus honorum*), la autobiografía opera como un instrumento mediante el cual el *self-made man* se vuelve examinador de sí mismo y se otorga “títulos de suficiencia”.<sup>17</sup> La autobiografía funciona como la escenificación de una ceremonia de autoconsagración de la que los lectores son a la vez testigos y público.

Además del interés por la dimensión ética, en algunos abordajes más o menos recientes de la autobiografía se insiste en definirla como “un acto performativo (o ‘realizativo’) en virtud del cual el sujeto se crea a medida que se escribe” (Amícola 2008: 31); se trata, por supuesto, de una definición que surge de la aplicación al género de las tesis de John Langshaw Austin y John Searle sobre los “actos de habla”. Para decirlo en términos de Austin, la autobiografía no sería entonces (o, al menos, no sería sólo) un *enunciado constatativo* sino, antes bien, un *enunciado realizativo*.<sup>18</sup>

---

<sup>16</sup> “Toda mi maldad está en haber hablado siempre lo que creo de interés para el país, con desembozo y sin mezquinos rodeos. Para él soy un borrico. *¿Y por qué? Porque no he estado en un colegio*; lo mismo que me decían mis pobres paisanos, que no han podido persuadirse hasta ahora, que yo estoy escribiendo en Chile” (Sarmiento 1843: 5, énfasis mío). En la misma línea, Altamirano y Sarlo citan el siguiente fragmento de *Recuerdos de provincia*: “No a principios de mi carrera de escritor, sino más tarde, levantóse en Santiago un sentimiento de desden por mi inferioridad, de que hasta los muchachos de los colegios participaron. Yo preguntaría hoy, si fuera necesario, a todos esos jóvenes del Seminario, si habían hecho realmente estudios más serios que yo. ¿También a mí querían embaucarme con sus seis años del Instituto Nacional? ¡Pues qué! ¿No sé yo, hoy examinador universitario, lo que en los colegios se enseña?” (Sarmiento 2001: 148).

<sup>17</sup> En este contexto, habría que leer el sustantivo “suficiencia” en su doble sentido; por un lado, Sarmiento se refiere a las “capacidades” o “aptitudes” obtenidas como autodidacta; pero además, es posible leer en la elección de ese término una connotación vanidosa: una de las acepciones de “suficiencia”, según la RAE, es “presunción, engreimiento, pedantería”.

<sup>18</sup> Esta postura deja en un segundo plano el aspecto cognitivo de la autobiografía (“lo dicho”) y hace énfasis en su carácter de “acto” (en “el decir”). En este sentido, en la lectura de Alberdi de *Recuerdos de provincia* es evidente el énfasis en “lo dicho”, y más precisamente en la inutilidad de lo dicho, en la

Para el autodidacta *vanidoso* en busca de reconocimiento, esta naturaleza preformativa del acto autobiográfico se vuelve primordial. Porque si aquel que posee títulos emitidos por instituciones adecuadas no necesita de la autobiografía para legitimarse ya que esas instituciones y esos títulos hablan por él; para quien, por el contrario, ha buscado forjarse un nombre al margen de las instituciones y en “mis aulas” el acto autobiográfico resulta un imperativo. Y esto es así sobre todo en el caso de Sarmiento porque él procura, luego de haberse formado prescindiendo de las instituciones, ser aceptado e incorporado por ellas: ser docente y evaluador en la universidad, obtener rangos militares, recibir, como Franklin, títulos *honoris causa*, etcétera. Vale decir, la autobiografía es un instrumento que se le ofrece al *self-made man* para revalidar ante los otros los títulos *sui generis* o “de suficiencia” de los que se dice poseedor. Nos hallamos aquí ante otra entonación de la *relacionalidad* del dar cuenta de sí: *estos son mis títulos*, dice, jactancioso, el autobiógrafo-autodidacta a los destinatarios de su texto.

Pero hay algo en las autobiografías de Sarmiento que las torna aún más provocativas o arrogantes que, por caso, la escrita por Franklin, y que explica además la animadversión que, sobre todo *Recuerdos de provincia*, generó entre sus pares. Franklin, que había nacido en 1706, comenzó a escribir su autobiografía en 1771, y continuó escribiéndola en años posteriores (1784-85 y 1788). Es decir, Franklin se dispuso a escribir sobre sí cuando había superado los 60 años de edad.<sup>19</sup> El argumento de la vejez es, por eso, uno de los que esgrime como justificación de su incursión autobiográfica:

Hereby, too, I shall indulge the inclination so natural in old men, to be talking of themselves and their own past actions; and I shall indulge it without being tiresome to others, who, through respect to age, might conceive themselves obliged to give me a hearing, since this may be read or not as any one pleased. (Franklin 2005: 6)

Lo autobiográfico, pareciera decir Franklin, es inherente a la vejez. Junto con los años se haría cada vez más ineludible una cierta

---

inutilidad cognitiva del texto autobiográfico sarmientino: “Historiándose a sí mismo no ha podido aprender más de lo que usted sabe. Ese trabajo no es un servicio hecho a la república Argentina, y dudo que lo sea para usted mismo” (Alberdi y Sarmiento 2005: 111-112).

<sup>19</sup> Rousseau, nacido en 1712, escribió sus *Confesiones* entre 1766 y 1770, cuando contaba entre 54 y 58 años de edad.

inclinación autobiográfica. Pero en contraste con Franklin, cuando Sarmiento escribe *Mi defensa* tiene apenas 32 años; siete años después, cuando no ha cumplido los 40, publica *Recuerdos de provincia* (que, como subraya con malicia Alberdi, es un libro de generosas 200 páginas). Se trata, entonces, de un autobiógrafo joven.<sup>20</sup> Sarmiento, pese a su juventud, siente también la inclinación o la compulsión a hablar de sí: es, en este como en otros sentidos, un joven-viejo.<sup>21</sup> En su caso, por tanto, no se trata tan sólo de mirar hacia atrás, de jactarse de lo hecho y de proponerse como modelo, sino también de que su autobiografía lo posicione en relación con el futuro. La autobiografía no resulta aquí sólo una venganza de la historia (aunque hay mucho de eso):<sup>22</sup> es además un intento de hacerse, como sea, un lugar en el escenario político que iba a dejar la inminente caída de Rosas. La “orientación hacia el futuro” de la que habla Loureiro es, en *Recuerdos de provincia*, literal. No era necesario, entonces, que Alberdi insistiera en denunciar, como lo hace en las *Cartas quillotanas*, la funcionalidad político-propagandística de *Recuerdos de provincia* (“Pero su biografía de usted no es un simple trabajo de vanidad, sino el medio muy usado y muy conocido en política de formar la candidatura de su nombre para ocupar una altura, cuyo anhelo legítimo, por otra parte, le hace agitador incansable”). Esa funcionalidad era hartamente evidente, y Sarmiento no había pretendido esconderla o hacerla pasar por otra cosa.

En el ensayo ya citado, Loureiro propone que la autobiografía funciona como “legado al otro”; en Sarmiento, sin embargo, la reflexividad que subtiende su texto hace que ese legado sea, antes que *al*

---

<sup>20</sup> Peter Bürger sostiene que “[...] toda autorrepresentación narrativa presupone la conclusión del desarrollo del yo. Se tiene que haber alcanzado, por así decir, el puerto del yo para poder informar de su travesía” (2001: 31). Si bien esta afirmación puede discutirse, en el caso de Sarmiento es evidente que se trata de alguien relativamente joven que, sin embargo, considera que ya está en condiciones de “informar su travesía”; vale decir, que se encuentra, pese a su juventud, en esa situación de “conclusión del desarrollo del yo” que, según Bürger, sería condición de lo autobiográfico.

<sup>21</sup> En *El arte del olvido*, Nicolás Rosa (2004) ha analizado magistralmente este descolocamiento etario siempre presente en la escritura sarmientina. Allí, Rosa afirma: “Sarmiento no tiene *pares*, no tiene hermanos, ni primos ni amigos, sólo puede ocupar el lugar del padre (de sus hermanos, de sus amigos o de su hijo adoptivo) o de hijo de sus amigos (Montt). En el registro lógico, Sarmiento es *impar*” (Rosa 2004: 128, énfasis del original). Ignacio Anzoátegui, en *Vidas de muertos*, llama a Sarmiento el “hombre con cara de vieja”.

<sup>22</sup> La idea de la autobiografía como “venganza de la historia” aparece en Gusdorf (1991).

*otro*, un *legado para sí*. En otras palabras, la autobiografía es una especie de arqueo de caja: el autobiógrafo recuenta y exhibe ante sus lectores el capital simbólico y político acumulado hasta entonces, y sopesa la inversión que ese capital le permitirá hacer. La conclusión a la que arriba no ahorra entusiasmo: por la misma época en que se distribuía en Chile *Recuerdos de provincia*, hizo circular una estampa suya con el epígrafe “Sarmiento, futuro presidente de la República”. ¿Es posible una mayor ostentación de vanidad, de inmodestia?

En relación con lo anterior, habría en este punto que preguntarse—y esta pregunta nos devuelve a la *relacionalidad* del género—si hay algún lazo no sólo casual sino causal entre autobiografía y política. Esta cuestión es la que recorrerá el próximo y último apartado.

*Alberdi autobiógrafo, pese a todo*

¿O no querer tener vanidad es la peor forma de volverse vanidoso?

Clarice Lispector, *La pasión según G.H*

En 1876, Alberdi publicó *La vida y los trabajos industriales de William Wheelwright en la América del Sur*, la biografía de un empresario norteamericano que desarrolló gran parte de su actividad en Chile y la Argentina. Mediante esta biografía, uno de los propósitos de Alberdi era presentar un nuevo modelo de hombre: al héroe de la guerra—al héroe de las “empresas de destrucción”—Alberdi lo confronta con el empresario, el comerciante y el industrial: todos ellos héroes de la paz, de la “construcción”. En el capítulo II, cuando debe narrar el “origen y nacimiento de William Wheelwright”, Alberdi, sorprendentemente, establece una comparación entre su biografiado y Benjamin Franklin:

Más feliz que Franklin, también de Massachussets, el joven Wheelwright se educó en el Andover College, la más célebre escuela teológica de la Unión Americana, a lo cual se debió tal

vez que su vida no tuviese necesidad de una *fe de erratas*, en punto a moralidad, como la de su glorioso compatriota.

La mayor dificultad que se presenta para escribir la primera parte de la vida de Wheelwright (pasada en su país nativo hasta que lo dejó a la edad de veintitrés años) viene de su modestia misma, es decir, de su falta de cooperación para tal obra, pues nunca se ocupó de escribir noticias de sí mismo. Es el caso ordinario de los hombres de acción más eminentes, no tanto en la guerra como en las empresas industriales. Franklin dejó escrito todo lo que se sabe de su persona, porque fue hombre de ciencia y se ocupó de política. Wheelwright, en efecto, no ha tenido una vida pública en el sentido que esta palabra tiene para la historia, que sólo consigna en sus anales como público lo que es del dominio de la política o, mejor dicho, del gobierno. Pero las empresas que han absorbido su vida son de mayor interés público que lo han sido los actos de muchos gobiernos de Sudamérica. (Alberdi 2002: 24)

La sorpresa no es tal, sin embargo, si se advierte que esta ojeriza de Alberdi hacia Franklin era, antes que nada, una expresión desviada de su animadversión por Sarmiento, confeso y devoto lector de la *Vida de Franklin*. Pero dejando a un lado esta cuestión personal, lo más interesante de este fragmento es que sugiere la existencia de un nexo no fortuito entre el “escribir noticias de sí mismo” y el participar del “dominio de la política” o de la “vida pública”. Debería concluirse, a partir de esta intuición de Alberdi, que el hombre político se vería conminado, en algún momento de su vida, a dar cuenta de sí. Desde esta perspectiva, la *relacionalidad* que define a la política encontraría su contraparte en la *relacionalidad* que, como vimos, sería determinante del género. Pero en este nivel ya no se trataría de la *relacionalidad* vinculada a la “originación ética del sujeto” (Levinas) sino a ese momento posterior que también incorpora Loureiro en su análisis, y que correspondería a la constitución de la subjetividad en su dimensión política (Loureiro, 2006: 24).

Podríamos concluir, entonces, en que el hecho de que, pese a todos sus reparos (recordemos sus severas palabras de 1853: “Rara vez o nunca hablo de mí. Tengo por ridículo el yo, como dice Pascal. El yo es odioso, ha dicho La Bruyere, y permítame agregar que el yo es culpable [...]”), Alberdi haya incurrido, aunque tímida y tardíamente, en la escritura autobiográfica, halla su primera justificación, o excusa, en la *politicidad* del género. A mediados de la década de 1870, Alberdi, alguien indiscutiblemente involucrado en el “dominio de la política” o de la “vida pública” argentina, se dispone finalmente a “escribir noticias

de sí mismo”. ¿Habrá que interpretar esto como una caída por parte de quien había afirmado, veinte años atrás, “Rara vez o nunca hablo de mí”? ¿Qué culpas le fueron endilgadas a Alberdi que lo conminaron a “historiarse a sí mismo”? ¿Qué vanidad lo llevó a hacerlo?

Durante la primera mitad de la década de 1870, Alberdi escribió dos textos autobiográficos: *Mi vida privada*, en 1872, y *Palabras de un ausente*, en 1874. Ambos textos se complementan, ya que el segundo empieza cuando termina el primero. El acontecimiento que actúa como bisagra entre ambos es el momento en que Alberdi parte hacia Montevideo en noviembre de 1838 e inicia una ausencia del país que sólo se interrumpirá, muy brevemente, entre 1879 y 1880.

Así como en Sarmiento la autobiografía es una “provocación literaria”, una “osadía” que encuentra en la reivindicación de la vanidad una de sus primeras razones, en el caso de Alberdi debería hablarse, como en el caso de David Hume, de un autobiógrafo cauteloso y reservado: culposo. Esto se advierte al menos en tres características de sus textos. En principio, Alberdi es un hombre que, cuando se dispone a hablar de sí, ya tiene más de sesenta años. En segundo lugar, se trata de textos breves, lacónicos, reticentes (entre ambos no llegan a las 70 páginas, es decir, menos de un tercio de la extensión de *Recuerdos de provincia*). En tercer lugar, son textos que tienden a la abstracción (Rodríguez Pérsico, 148): así, y como casi siempre en Alberdi, aun al incurrir en la escritura autobiográfica, es notorio su afán—muchas veces forzado y hasta deshonesto—por trascender lo meramente personal, a lo que le tiene temor y desprecio.

Pero lo paradójico en Alberdi es que si bien declara una y otras vez su rechazo a “escribir noticias de sí mismo”, al mismo tiempo se advierte en él una consistente reflexión sobre la autobiografía; un interés por el género que acaso no sea más que un saludable avatar de su obsesión con Sarmiento (Sarmiento *obligó* a Alberdi a pensar sobre el género). Como vimos, en *Vida de William Wheelwright* Alberdi sugiere una muy atendible relación entre el hablar de sí y el ejercicio de la política. En el caso de *Mi vida privada*, la reflexión es, entre otras cosas, sobre la trabajosa relación entre autobiografía y verdad. Escribe Alberdi:

Varias biografías [de mí] se han publicado en América y Europa. Esto que debiera ser razón para no hacerla yo mismo, es

cabalmente el motivo que me determina a bosquejar la presente con el objeto de llenar y rectificar lo que falta en las otras. ¿Será más parecida al original la mía por el hecho de ser la mía? Además que nadie es juez ni pintor de sí mismo; los mejores pintores no ven dos veces su objetivo del mismo modo. Y así como de mi individuo se pueden hacer cien fotografías que no se parecen una a otra, sin faltar a la verdad, un mismo individuo puede ser objeto de cien biografías diferentes. Cada viviente, sin embargo, será siempre presumido [de] conocer su vida propia mejor que el que no la ha hecho; salvo el derecho de los otros a corregir las faltas del egoísmo o de la vanidad contra la realidad de los hechos. (Alberdi, 1920: 443)

Este es seguramente uno de los párrafos más densos que se escribieron en el siglo XIX argentino a propósito de la autobiografía, y acaso sólo pueda comparárselo con las reflexiones que, a comienzos del siglo XX, hará Lucio V. Mansilla cuando escriba *Mis memorias* (1904).<sup>23</sup> Lo que en principio parece ser una afirmación algo ingenua—*quien más sabe de sí es el propio sujeto, porque tiene la autoridad para enmendar y llenar lo que otros escribieron sobre él*—luego se desarticula en una serie de cavilaciones que no sólo recusan esa primera afirmación acerca de la hipotética autoridad del “yo” para hablar de sí, sino que—prefigurando ciertas afirmaciones de Borges—<sup>24</sup> rechazan la posibilidad de que la escritura pueda dar cuenta de la totalidad de una vida. Además, con las referencias a la pintura y a la fotografía (es decir, a una disciplina artística y a una técnica *objetiva* de registro de lo real), Alberdi coloca al género en una frontera porosa, en un difícil equilibrio entre lo artístico y lo objetivo. El autobiógrafo es, para Alberdi, al mismo tiempo “juez” o “fotógrafo” y “pintor”. Por último, nuevamente aparece en este fragmento la relación entre autobiografía y vanidad; aquí, desde la óptica de Alberdi, la vanidad es presentada como un posible obstáculo para que en el texto autobiográfico emerja la “realidad de los hechos”.

Pero pese a todas sus precauciones y temores, Alberdi de todos modos se halló atrapado entre las redes de lo autobiográfico:

---

<sup>23</sup> Sylvia Molloy se ha referido a la escasa reflexión sobre el género que se advierte en los autobiógrafos hispanoamericanos. A propósito de *Mis memorias* escribe: “[Mansilla] dedica buena parte de sus primeras páginas a una larga reflexión sobre las trampas de la memoria. Esto es harto atípico en la autobiografía hispanoamericana del siglo XIX: por lo general se evitan esas disquisiciones puesto que, como se ha visto, la memoria se considera sobre todo un instrumento histórico fidedigno” (Molloy, 1996: 232).

<sup>24</sup> Véase, por ejemplo, el cuento “Funes, el memorioso”, y también la reseña a *Citizen Kane*, de Orson Welles, titulada “Un film abrumador”.

especialmente, en las redes tendidas por la *relacionalidad* del dar cuenta de sí. Quien en 1853 había fustigado a Sarmiento con afirmaciones como el “hablar siempre de sí parece necesidad emanada del sentimiento de una reprobación universal” a mediados de la década del 1870 finalmente advirtió que su propia inmersión en el “dominio de la política” lo conminaba a hablar de sí.

Frente al autobiógrafo vociferante e inmodesto que perfilan las autobiografías de Sarmiento, Alberdi, como ya se dijo, se presenta como un autobiógrafo lacónico y culposo, que estrecha el círculo de sus destinatarios y hace del acto autobiográfico una escena aparentemente privada. *Mi vida privada*, precisamente, asume la forma de cuatro “cartas” dirigidas “a mi familia”: “Mi vida privada, contada en familia, a mi familia, es un escrito privado, que poco interesa al público” (Alberdi, 1920: 441), anuncia el texto en su *incipit*. En la misma línea, el título completo del otro texto autobiográfico de Alberdi es *Palabras de un ausente en que explica a sus amigos del Plata los motivos de su alejamiento*. En este punto, resulta apropiada la lectura que hace Adriana Rodríguez Pérsico del “tono íntimo” de estas autobiografías:

El tono íntimo se presta a una relación peculiar entablada por el autor que hace la confesión, por una parte, y el destinatario que la recibe, por otra. Porque ese tipo de acto literario tiene mucho de religioso, el emisor aparece como responsable de alguna culpa que debe aclarar en el curso de la escritura mientras que el destinatario adquiere el estatuto de una de una instancia legal que absuelve o sentencia. (Rodríguez Pérsico, 1992, 146)

Sin embargo, las culpas de las que Alberdi pretende ser absuelto o las acusaciones que quiere impugnar ponen en jaque ese “tono íntimo” y esbozan un destinatario mucho más amplio que el que estos textos pretendían, en un principio, circunscribir. Y eso se debe a que las culpas y acusaciones a las que responde Alberdi se vinculan a cuestiones públicas—*a cuestiones políticas*—y no a asuntos privados que podían dilucidarse en el mero *entre nos* de “familiares” o “amigos”.

Una de las reivindicaciones que pretende lograr Alberdi es demostrar que, contra lo que podía sospecharse, su prolongado exilio de más de tres décadas no lo había alejado de los asuntos de su patria. Alberdi anhela persuadir a sus lectores de que interpreten su ausencia en clave patriótico-política: no como ausencia sino como un paradójico modo de la presencia (“[...] he vivido fuera de mi país para mejor estar

presente en él por mis escritos”). Se trata, como él mismo lo asegura, de una “contradicción que necesita explicarse”.

A esto se suma el hecho de que Sarmiento, ante la oposición de Alberdi a la guerra contra el Paraguay, había acusado a Alberdi de “traidor”. Contra esa acusación se defiende Alberdi en *Palabras de un ausente* mediante el establecimiento de dos paralelos que no evitan el exceso y la provocación (la “osadía”): el primero, entre Rosas y Sarmiento; el segundo, entre él y “los más grandes patriotas argentinos”:

Copiando a Rosas sus nociones de traición y patriotismo y a su prensa su lenguaje, yo fui tratado de traidor vendido al oro extranjero, porque hallé razón al Paraguay de resistir esfuerzos que debían concluir por colocar los destinos del Plata a la merced del más fuerte de los aliados contra el Paraguay, como era de prever y ha sucedido.

[...]

Calificarme de traidor por mi actitud argentina en esa lucha era renovar la grosera y automática acusación de que han sido objeto los más grandes patriotas argentinos de 1810. (Alberdi 1887: 146)

El carácter público tanto de las acusaciones a las que contesta el autobiógrafo como de la reivindicación que exige pone en entredicho el tono íntimo que, engañosamente, asumen en principio estos textos. Alberdi pretendía rehabilitarse ante alguien más que aquellos pocos que ocupaban el círculo sucinto de familiares o amigos.

De este modo, en los textos autobiográficos de Alberdi también es posible advertir, como en los de Sarmiento, que el acto autobiográfico encuentra su origen en el aprovechamiento—y no sólo en el padecimiento—de una situación que coloca al “yo” en el rol de presunto culpable. Alberdi se beneficia de esa situación para *ofrecerse como un yo* y brindar su *performance* autobiográfica. Porque al fin de cuentas, su acto autobiográfico es también un acto de vanidad, de arrogancia: una vanidad que, en contraste con la línea de los autobiógrafos provocadores, se quiere disimular y hacer pasar por otra cosa: por algo más noble o menos pecaminoso.

Alberdi sí obtuvo, aunque trabajosamente, un título universitario (era abogado). También pudo estudiar, gracias a una beca del gobierno de Rivadavia, en el Colegio de Ciencias Morales (una posibilidad que a Sarmiento le estuvo vedada). Por consiguiente, no necesitaba reivindicar saberes de autodidacta o títulos *sui generis*. Pero sin embargo, hay otros “títulos de suficiencia” que considera que le

corresponden y que pretende que le reconozcan: especialmente, el título de patriota. También aquí, entonces, la autobiografía es instrumento del egoísmo, una escritura narcisista que demanda la reivindicación del “yo”. Por más que Alberdi insista en que a su intento de dar cuenta de sí no lo mueve el egoísmo sino la búsqueda de justicia, al mismo tiempo que declara esa intención justiciera se hace más evidente lo que, mediante ella, se pretende escamotear: el egoísmo, la vanidad. ¿O acaso el siguiente párrafo de *Palabras de un ausente* (al igual que la ya citada comparación con “los más grandes patriotas”) no podría igualarse a los más provocativos y autocelebratorios escritos por Sarmiento?:

Pero el ausente, por más que viva absorbido en su país desde la distancia, acaba por hacerse extranjero y desconocido para sus mismos compatriotas. Tal nos pasa a nosotros, que salidos del país sin acabar los estudios de derecho por no prestar juramento de fidelidad a la dictadura de Rosas, para tomar un grado universitario, somos personalmente menos conocidos en nuestro país que en el extranjero. Esta circunstancia ha servido a más de un ex amigo, regresado de la emigración del país, para hacer de nosotros un enemigo público a los ojos de los que ni de vista nos conocen. Es justo que esa misma circunstancia nos sirva de excusa para hablar de nuestra persona a los que nos ignoran, sin ser tachados de egoísmo. (Alberdi 1887: 139-140)

¿*Lapsus calami*? La circunstancia alegada para autorizar el hablar de sí es asumida, acaso inconscientemente, en su condición de “excusa” (“un motivo o pretexto que se invoca para eludir una obligación o disculpar una omisión”, según el diccionario de la RAE). Una excusa que, de todos modos, no logra evitar la confesión del motivo real: el deseo *egoísta* de hablar de sí ante los otros y, en consecuencia, hacerse visible. Como el personaje de “don yo” que había delineado casi cuarenta años atrás en su artículo costumbrista para *La Moda*, Alberdi declara en *Palabras de un ausente*: “Ustedes no saben quién soy yo”. En el mismo párrafo, además, queda claro que los destinatarios deseados son muchos más que los “amigos” o “parientes” que el “tono íntimo” del texto pretendía, engañosamente, circunscribir.

Tanto en Alberdi como en Sarmiento el acto autobiográfico informa de una muy similar ansiedad de reconocimiento: juvenil y desembozada, en Sarmiento; de madurez y culposa, en Alberdi. Una búsqueda de reconocimiento que es, en ambos casos, el intento de asegurarse un lugar visible y perdurable—ambos desean figurar entre

los personajes más salientes de la historia argentina—en el escenario político argentino.

\*\*\*

En la “Introducción” de su ensayo de 1966, Adolfo Prieto concluía que es “curioso reconocer una actitud que compromete buena parte de la literatura autobiográfica argentina durante el siglo XIX: la actitud del hombre que necesita justificarse ante la opinión pública” (1982: 21). En principio, es necesario resaltar que antes de Loureiro, Butler, Arfuch y otros teóricos contemporáneos, en este trabajo precursor de Prieto ya la autobiografía es analizada desde una perspectiva *relacional*; es decir, desde la perspectiva que surgía de la premisa de que el ejercicio del género por parte de varios miembros de la élite se realizaba en función de una necesidad de dar cuenta de sí ante la “opinión pública”. Lo que los trabajos actuales permiten atenuar en esta conclusión es el hecho de que esa función relacional del género en el siglo XIX argentino deba considerarse una *curiosidad* (“Es curioso reconocer...”, escribe Prieto). Antes bien, debería hablarse de una modulación local y epocal de una característica constitutiva del género, y no de un rasgo idiosincrásico de sus practicantes vernáculos.

Pero además, luego de este análisis de ciertos rasgos de la producción autobiográfica de Sarmiento y Alberdi, habría que preguntarse por fin si esa *necesidad de justificación* de la que habla Prieto como principal acicate de la literatura autobiográfica argentina (una *necesidad* que aludiría a culpas que habrían obligado a estos hombres a historiarse a sí mismos) no fue casi siempre la cortina de humo que disimuló el verdadero e inconfesable móvil. Ese móvil habría sido, antes que una *necesidad de justificación*, una *necesidad de autofiguración y de búsqueda de visibilidad* para la que el género se presentaba como un muy eficaz instrumento. En otras palabras, la culpa y la correspondiente obligación de justificarse ante el otro funcionaban como el subterfugio para que se transformara en acto una irreprimible vanidad, un avasallador y culpable deseo de exhibir y narrar la historia de un “yo”: de *biografiarse*.

### Bibliografía

- Alberdi, J. B. (2002) [1876] *La vida y los trabajos industriales de William Wheelwright en la América del Sur*. Buenos Aires: Emecé.
- . (1920) *Obras selectas*, tomo IV, “Biografías y autobiografías”. Buenos Aires: Imprenta de “La Facultad”.
- . (1887) [1874]. *Palabras de un ausente en que explica a sus amigos del Plata los motivos de su alejamiento*, en *Obras completas*, tomo VII. Buenos Aires: Imprenta de “La Tribuna Nacional”. 136-175.
- . (1865) “Caracteres” en *La Revista de Buenos Aires*, tomo VI, 247-250.
- y D. F. Sarmiento (2005) [1853]. *La gran polémica nacional. Cartas Quillotanas—Las Ciento y una*. Prólogo de Lucila Pagliai. Buenos Aires: Leviatán.
- Sarmiento, D. F. 2001 [1850]. *Recuerdos de provincia*. Barcelona: Editorial Sol 90.
- . (1988) *La correspondencia de Sarmiento*. Primera serie: Tomo I Años 1838-1854. Córdoba: Comisión Provincial de Homenaje a Domingo Faustino Sarmiento.
- . 1958 [1853] *Campaña en el Ejército Grande Aliado de sud América*. Prólogo y notas de Tulio Halperín Donghi. México: Fondo de Cultura económica.
- . (1843) *Mi defensa* en <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmctf090>
- Amicola, J. (2008) *Autobiografía como autofiguración*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Arfuch, L. (2002) *El espacio autobiográfico: dilemas de la subjetividad contemporánea*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bürger, Peter (2001) “El descubrimiento del sujeto moderno: Agustín, Montaigne, Descartes, La Rochefoucauld” en P. y Ch. Burgüer, *La desaparición del sujeto. Una historia de la subjetividad de Montaigne a Blanchot*. Madrid: Akal. 29-50
- Butler, Judith (2009) *Dar cuenta de sí mismo. Violencia, ética y responsabilidad*. Buenos Aires: Amorrortu.

- Campobassi, José S. (1975) *Sarmiento y su época*. Dos volúmenes. Buenos Aires: Losada.
- Cousin, Victor (1828) *Cours de L'Histoire de la Philosophie*. París: Pichon et Didier éditeurs.
- Altamirano Carlos y Beatriz Sarlo (1997). "Una vida ejemplar: la estrategia de *Recuerdos de provincia*", en C. Altamirano y B. Sarlo, *Ensayos Argentinos, de Sarmiento a la vanguardia*. Buenos Aires: Ariel. 103-160.
- De Estella, Diego (1720) *Tratado de la vanidad del mundo*. Parte primera. Madrid: Tomás Rodríguez.
- Douglass, Fredrick (2008) *The Essential Frederick Douglass*. Radford, VA: Wilder Publications.
- Durán Giménez Rico, Isabel (1998) "Hume y la tradición autobiográfica", en De Salas, J. y Martín, F. (comps.) *David Hume*. Madrid: Editorial complutense. 177-188
- Franklin, Benjamin (2004) *The Autobiography and Other Writings on Politics, Economics, and Virtue*. Edición de Alan Houston. Cambridge: Cambridge University Press.
- Gusdorf, Georges (1991) [1956] "Condiciones y límites de la autobiografía" en Á. G. Loureiro (coord.), *La autobiografía y sus problemas teóricos*, Suplementos *Anthropos* nº 29, Barcelona: Editorial Anthropos. 9-18.
- Halperín Donghi, Tulio (1988) "'Surgir en un día'. La búsqueda de un lugar en el mundo y las ambigüedades en un desenlace victorioso". *Filología*, XXIII, 2: 3-44.
- Hume, David (1776) *My own life*, en <http://isites.harvard.edu/fs/docs/icb.topic880131.files/My.Own.Life.by.David.Hume.pdf>
- Lejeune, Philippe (1975). *Le pacte autobiographique*. París: Seuil.
- Loureiro, Ángel (2006) "Autobiografía: el rehén singular y la oreja invisible", en Rusotto, M. (comp. y ed.), *La ansiedad autorial: formación de la autoría femenina en América Latina*. Venezuela: Equinoccio-Universidad Simón Bolívar. 19-39.
- Molloy, Silvia (1996) [1991] *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica Acto de presencia*. México: F.C.E.

- Pascal, Blaise (1817) *Penseés*. París: De L'impreimerie et de la Fonderie de P. Didot L'Ainé.
- Palcos, Alberto (1938) *Sarmiento. La vida, la obra, las ideas, el genio*. Buenos Aires: El Ateneo.
- Panesi, Jorge (1996). "El precio de la autobiografía: Jacques Derrida, el circunciso". *Orbius Tertius*, I (1). Disponible en: <http://www.acuedi.org/ddata/2754.pdf>
- Palti, Elías (2009) *El momento romántico. Nación, historia y lenguajes políticos en la Argentina del siglo XIX*. Buenos Aires: Eudeba.
- Prieto, Adolfo (1982) [1966] *La literatura autobiográfica argentina*. Buenos Aires: CEAL.
- Rodríguez Pérsico, Adriana (1992) *Un huracán llamado progreso: utopía y autobiografía en Alberdi y Sarmiento*. Washington: Organización de los Estados Americanos, INTERAMER
- Rosa, Nicolás (2004) *El arte del olvido*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Williams Bunkley, Allison (1966) *Vida de Sarmiento*. Buenos Aires: Eudeba.